

LAS MANIAS DEL MUNDO CONTEMPORANEO

SUMARIO:

1. *La manía igualitaria y sus diferentes manifestaciones: a) La abolición prematura de la esclavitud. b) Las nuevas imposiciones del trabajo. c) La imitación servil del Estado-Guía. d) La general descolonización.—2. La manía de la prisa y la impaciencia que se deriva de ella.—3. La manía de la imparcialidad.—4. La imprevisibilidad de los desarrollos sociales. Uno de sus efectos: la partidomanía. Una de sus causas: la manía de la técnica.—5. La manía de remediar.*

1. a) —¿Qué es lo que más le ha impresionado a usted de América? —me preguntaba un miembro del Gabinete del Presidente junto al cual, en 1924, me sentaba en una comida oficial en la Casa Blanca—. —Las cataratas del Niágara —estaba respondiéndole— y... —No —me interrumpió él—, no le pregunto por las bellezas naturales, le pregunto por nuestros monumentos, edificios, instituciones. —Mount Vernon, la residencia de Washington, y Monticello, la residencia de Jefferson —respondí—. —Son éstos —agregó complacido mi eminente interlocutor— los padres de nuestra Patria. ¿Y qué es lo que principalmente le ha impresionado de Mount Vernon y Monticello? Con mi incorregible defecto —el cual, por otra parte, no tengo ninguna intención de corregirme— de decir siempre la verdad, respondí: —Las estancias de los esclavos.

El bocado del excelente pollo a la parrilla que mi interlocutor estaba tomando corrió el riesgo de atravesársele, y después de una adecuada pausa para digerir, como suele decirse, la indirecta, nuestra conversación fue reemprendida en una dirección completamente diversa.

Yo no intentaba, sin embargo, hacer un crítica a la América de los padres de la Patria.

Es ciertamente característico que Atenas, los Estados Unidos de América y la Francia de la Revolución, a las cuales hacen llamamiento los modernos para afirmar el ideal de igualdad entre los hombres, en realidad habían considerado la igualdad sólo respecto a una categoría más o menos amplia de personas que consideraban iguales, excluyendo otras categorías, a veces más numerosas: en Atenas, los esclavos y los extranjeros, que eran mucho más numerosos que los ciudadanos; en América, los negros; en Francia, el cuarto Estado.

Esta concepción de la igualdad —es superfluo insistir sobre ello— está en radical contraste con la actual, según la cual los hombres, por el solo hecho de ser hombres, tienen iguales derechos.

¿Cuál es la justa? Y si en hipótesis la concepción de los padres de la Patria americanos era la justa para sus tiempos, ¿lo sería todavía hoy? ¿O no era esa acaso ya no justa un siglo después cuando en América Lincoln proclamaba la abolición de la esclavitud?

No creo que exista pueblo que haya negado nunca el principio de igualdad; pero todos los pueblos, aun sin expresarlo, convinieron en hablar de una igualdad entre iguales. Si bien hay que ver que la noción de lo igual es extremadamente subjetiva. No se consideran iguales los seres cuya presencia suscita una impresión de repugnancia y disgusto, pero esta impresión es también eminentemente subjetiva. No se consideran iguales los seres que no saben vivir, dentro del ámbito en el cual vivimos, de un modo más o menos idéntico al nuestro; pero también sobre tal cuestión el juicio es extremadamente subjetivo.

El concepto de igualdad ha cambiado definitivamente a través del tiempo. Antes eran juzgados iguales sólo los hombres pertenecientes al mismo grupo étnico. Así, era a los individuos del mismo grupo étnico a los que en muchísimas poblaciones les era reservada la denominación de hombres. Los otros eran considerados del mismo modo que hoy nosotros consideramos a las bestias. De hombre se tenía entonces un concepto político. Cuando Colón abrió América a la colonización europea, se discutió sobre si los indígenas tenían alma; esto es, si debían de ser considerados como hombres. Hoy del hombre se tiene un concepto zoológico: son hombres todos aquellos que son clasificados en la especie *Homo-sapiens*.

También en los países donde el concepto de igualdad es más amplio, no todos los individuos son iguales frente a la Ley. No lo son los menores de edad, ni los inhabilitados; en muchos países no lo son las mujeres; éstas y aquéllos son puestos bajo la protección de parientes o tutores.

Hoy no existe duda que todavía se encuentran individuos o grupos de poblaciones, y más se encontraron en el pasado, que atraviesan una fase atrasada de la evolución humana, comparable a aquella propia de los menores de edad, de manera que es ventajoso para ellos y oportuno para los intereses generales de la sociedad que sean considerados en esta condición de subordinación y protección.

Recuerdo cuando en 1933, mientras estaba en Tripolitana haciendo investigaciones demográficas sobre aquellas poblaciones indígenas, llegué a preguntar qué había sido de los esclavos que, antes de la ocupación italiana, habían sido admitidos por la legislación turca. —Se han extinguido— fue la respuesta—. La libertad es una cosa bella —agregó mi interlocutor indígena— para quien

está en grado de usarla, pero si se da la libertad a un rebaño de ovejas, ellas llegarán a ser pasto de las bestias feroces—. Efectivamente, en el giro de menos de una veintena de años han sido devorados por la concurrencia de la vida civil los grupos de esclavos negros y blancos que antes vivían en Tripolitania bajo la protección de la Ley; quizá se podía encontrar todavía algún pobre superviviente que vivía al día dando color con sus primitivos instrumentos musicales a las solemnidades tradicionales.

Muchas veces, quizá la mayor parte de ellas, la institución de la esclavitud (entiendo tal palabra en su sentido más extenso, desde las formas más rígidas que implican por el patrón el derecho de vida y de muerte sobre el esclavo, a las formas más atenuadas, que implican poco más de las obligaciones y prestaciones gratuitas) aparece históricamente justificado por la necesidad de evolucionar las poblaciones a través del trabajo forzado, del estadio animal del trabajo al estadio del trabajo espontáneo y de la acumulación.

Originariamente el hombre, como cada animal en el estadio de naturaleza, no trabajaba más que en la medida estrictamente necesaria para su subsistencia. Esto hacía imposible el progreso. Es el estadio en el cual todavía se encuentran en todos los continentes las poblaciones primitivas, en las cuales se pueden incluir los estratos más bajos de las poblaciones civilizadas. Diferentes por raza, por creencias, por organización, por resistencia a la fatiga, por dotes intelectuales, los primitivos se asemejan todos en este carácter fundamental, se niegan a llevar su actividad más allá de cuanto es necesario para mantenerse.

Sobre las poblaciones sedentarias que vivían en tal estado, explotando con medios rudimentarios la tierra, se sobrepusieron, más móviles y más agresivos, los pastores, habituados a vivir sin fatiga con los frutos de la reproducción de los rebaños. De las poblaciones dominadas, ellos exigieron cuanto era su costumbre obtener de los rebaños, y esto era que produjesen más allá de lo que era necesario para la subsistencia propia, para así satisfacer también las necesidades de los dominadores. En el estadio del trabajo forzado, que así se instituyó, la costumbre y la selección radicarón y desarrollaron en las masas sometidas la propensión a trabajar para conseguir frutos que andaban más allá de sus estrictas necesidades, primera condición para el desarrollo de la técnica y para el progreso.

Las poblaciones que no fueron sometidas a tal régimen de trabajo quedaron en su primitivismo y viven todavía al margen de las subsistencias.

Otras, que fueron sometidas por un tiempo demasiado breve para que radicase en ellas la propensión a tal tipo de trabajo, apenas liberadas de la sujeción de los dominadores volvieron a su estadio primitivo. Las otras, en fin, sujetadas a un régimen de coacción más o menos rígido, más o menos largo, se elevaron a diversos niveles en la escala de la civilización, según la propen-

sión más o menos acentuada al trabajo y a la acumulación que en ellos se había arraigado (1).

En tal forma, la esclavitud ha representado un pasaje obligado para conseguir la civilización.

Y si se estudia la prehistoria de todas las civilizaciones del viejo continente, se encuentra en sus orígenes un pueblo de pastores que ha sometido, constreñido al trabajo y organizado a un pueblo de agricultores.

Esto no significa que no hayan existido otras formas de esclavitud, para las cuales no se puede aducir tal justificación, como aquella derivada de la sujeción de los pueblos vencidos que a veces se encontraban en el mismo nivel de civilización o, también, en un nivel superior desde algunos puntos de vista a aquel de los vencedores; y es en tales formas de esclavitud donde se dieron las sublevaciones de los esclavos, que a veces han puesto en peligro la misma existencia de la nación de los dominadores.

Tampoco se puede desconocer que la sumisión al trabajo forzado de poblaciones atrasadas pudo tener su origen de hechos diversos a los que presupone la dominación de los pueblos pastores sobre los pueblos agricultores; tal fué precisamente el caso de la esclavitud de los negros llevados a América; pero si, como en este caso, las poblaciones sometidas a la esclavitud eran primitivas y no aptas al trabajo sino bajo la coacción, es necesario reconocer que la esclavitud desempeñaba una función histórica.

Lo cual no significa que pudieran ser justificados los medios a los cuales se recurría para actuarla. Los horrores de la trata de negros para proveer de mano de obra las plantaciones de las dos Américas, no podían sino ser condenados aun por quien justificaba la esclavitud, y la trata se prohibió, en efecto, mucho antes que fuese abolida la propia esclavitud.

Otra observación que ha de hacerse es que la función histórica del trabajo forzado de los esclavos es una función limitada en el tiempo: la esclavitud

(1) Véase para todo ello, el artículo «Evoluzione della psicologia del lavoro e dell'accumulazione», en *Moneta e Credito*, abril-junio 1948.—Edición inglesa en *Banca del Lavoro Quarterly Review*, enero 1948. — Edición española, limitada a los primeros párrafos, bajo el título «Hacia una sociedad laboral», en *Revista Internacional de Sociología*, vol. I, núm. 1, enero-marzo 1943, reproducida (a cargo de la citada revista) en el opúsculo *Dos ensayos sobre Economía laboral*, para obviar los muchos errores de la impresión, ya que el autor no había tenido posibilidad de revisar las pruebas por las restricciones del período de guerra. Véase, asimismo, el discurso inaugural del XIV Congreso Internacional de Sociología —Roma 1950—, con el título «Economía e Sociología», publicado en alemán, español, francés, inglés e italiano, en las *Actas* del citado Congreso. Este tema hállase más ampliamente desarrollado en el volumen *Economía laborista. Problemi del lavoro*, Utet, Turín, 1956, que fué precedido de una edición española menos extensa con el título *Economía laboral*, publicado por Editorial Labor, Barcelona, 1954.

vitudo, en verdad, no tiene más razón de ser cuando los esclavos, gracias a la costumbre y a la selección, han adquirido la propensión a trabajar más allá de cuanto es necesario para su subsistencia.

Que este estadio fuese conseguido en los tiempos de Washington y Jefferson para los negros de los Estados Unidos de América, creemos que no se puede sostener, y por tanto las estancias de los esclavos de Mount Vernon y Monticello no constituyen un título de demérito en la historia de ese país, sino que representan el testimonio de una necesidad contingente de la evolución económica.

¿Habían alcanzado los negros la necesaria madurez en los tiempos de Lincoln? No lo creo. La Guerra de Secesión se presenta, para un observador objetivo, como provocada por una descripción exagerada de la vida del Sur, que hizo un llamamiento al corazón de una población generosa, tanto como ingenua, generalizando inconvenientes que no tenían carácter general.

Que los esclavos eran considerados como bestias, queremos decir como animales domésticos, era verdad; pero los animales domésticos son por lo general tratados muy bien. Nuestros campesinos no los tratan ciertamente peor que a sus mujeres, y no sin motivo. Fue en una de las primeras clases del Gimnasio cuando quedé escandalizado por la afirmación de uno de los profesores que declaraba que nuestros campesinos amaban más a su vaca que a su mujer, y vuelto a casa, puse «ex-abrupto» la cuestión a uno de mis colonos. «Patrón mío —fué la respuesta—, si se me muere la mujer, yo puedo elegir mañana mismo, entre tres o cuatro, otra sin dificultad; pero si se me muere la vaca, ¿quién me la sustituirá?» La argumentación no admitía réplica.

No existe quizá, entre los más mimados y queridos descendientes de las casas reinantes, quien pueda gloriarse de cuidados y atenciones comparables a aquellos de que son objeto un cachorro de raza o un purasangre de carreras.

No existe así, pues, razón de creer que los esclavos negros, instrumentos preciosos para la economía del Sur, fueran, por norma, tratados mal. Y ellos, efectivamente, durante la guerra, aunque seducidos e inducidos por los del Norte, a menudo siguieron la suerte de sus patronos.

Ni cuando, después de una guerra agotadora, los negros fueron liberados, ellos supieron librarse de su aherrojamiento. Habría de pasar un siglo para que, después de largas vicisitudes, educados, instruidos, seleccionados y, por así decirlo, limpiados, a costa de grandes sacrificios, a través de una lucha despiadada y después de haber recibido una considerable infusión de sangre blanca y de haber dado, en las dos guerras mundiales, ejemplos de su coraje y de su lealtad, los negros, o mejor dicho los mulatos —pues entre los así llamados negros americanos los negros racialmente puros representan una minoría—, recibieron de gran parte de la población americana reconocimiento de igualdad. No de

toda, sin embargo. La cuestión racial está todavía viva en los Estados Unidos de América y las autoridades federales encuentran aún muchas dificultades y no siempre consiguen imponer su punto de vista igualitario en los Estados del Sur.

Y mientras tanto, la cuestión racial ha pesado sobre los Estados del Sur durante casi un siglo, con daños económicos incalculables para ellos y para toda la nación americana. Sólo desde hace pocos años la corriente de la producción, bajo la evolución del mercado del trabajo y la presión de los gravámenes fiscales se ha desplazado hacia los Estados del Sur, y el antagonismo entre el Norte y el Sur, que ha turbado toda la vida pública americana durante más de un siglo, se ha venido haciendo menos significativo.

Lincoln no estaba solamente afectado por la manía igualitaria, sino que también se hallaba dominado por la impaciencia, que constituye otra de las características de la civilización occidental contemporánea.

Si él hubiera tenido más paciencia, la cuestión racial se habría verosímelmente resuelto por sí misma, por su natural evolución. En efecto, los esclavos en los Estados Unidos, si no estaban todavía en grado de madurez para la liberación, sí estaban, ciertamente, progresando. En Brasil, donde las condiciones de la mano de obra negra eran muy similares a aquellas de los Estados Unidos del Sur, el sentido latino de la medida hizo que se aguardase una treintena de años para liberar a los esclavos; la liberación ocurrió después por concesión espontánea, sin luchas, y la cuestión racial, así, pues, no ha llegado a existir.

Nosotros podemos, teóricamente, admirar el ideal de Lincoln, pero debemos al mismo tiempo reconocer que él ha tenido el corazón más grande que la cabeza. Es justo que la nación americana lo considere, preferentemente a Washington y a Jefferson, como su representante.

Y el desastre que Lincoln ha provocado artificiosamente en escala nacional, adelantándose a los tiempos para la realización del ideal, por sí mismo admirable, para la liberación de los esclavos, se repite hoy, después de un siglo, en escala mundial, por haber anticipado forzosamente los tiempos para la liberación de las colonias.

Sobre la descolonización hablaremos más adelante.

En cuanto a la esclavitud, tenemos que observar que la locura o manía igualitaria no se ejerció sólo por anticipar en los Estados Unidos de América la liberación de los esclavos, todavía desprovistos del grado de madurez necesario para asumir las funciones propias de los ciudadanos en una nación civilizada, sino también por estimular la abolición de la institución de la esclavitud en muchos otros países en los cuales ello era todavía necesario para la evolución

social. No hay por qué sorprenderse si a la abolición legal no se acompañaba siempre la abolición efectiva y si en otros países aún no civilizados y en algunas colonias la esclavitud siguió siendo una realidad.

1. b) Hoy, no solamente lo que con anterioridad hemos expuesto es cierto, sino que también es necesario indicar que estamos asistiendo a una vuelta, aunque bien sea ésta en forma atenuada, a la esclavitud. Si la característica esencial de la esclavitud es la coacción al trabajo, se debe reconocer que en países como Rusia y China, en los cuales el Estado ha impuesto el trabajo forzado, ha habido una vuelta a la esclavitud. El hecho de que la esclavitud sea frente al Estado más bien que a los ciudadanos no constituye una diferencia esencial.

Por lo que respecta a Rusia, Lenin declaró explícitamente que el fin del trabajo forzado era el de imprimir en el pueblo la inclinación al trabajo, ya que resultaba deficiente; ello implicaba que la nueva coacción, como la antigua esclavitud, habría debido de ser temporal, pero ¿por cuánto tiempo habría de existir?

La necesidad de instaurar el trabajo forzado no significa forzosamente que en Rusia la emancipación de los esclavos, que había sido un título de honor para Alejandro II, hubiese sido prematura. Pudo haber sido entonces proporcionada a las exigencias del país en el sentido de que la psicología del trabajo que el pueblo ruso había entonces conseguido era suficiente para asegurar aquel modesto nivel de vida del cual quedaba satisfecho; pero aumentadas las exigencias, también por comparación con el nivel de vida que disfrutaban los otros países, se tuvo conciencia de que para conseguirlo era necesario trabajar más de lleno; pero como el pueblo espontáneamente no trabajaba en esa medida, se comprende cómo se haya podido considerar necesario el recurrir al trabajo forzado.

No sé si en China se habrá tenido en cuenta el mismo motivo al que acudió Lenin. Puede ser que, para justificar el trabajo forzado impuesto a toda la población, haya bastado la consideración de la necesidad de asegurarle el mínimo de las subsistencias, puesto que, como las frecuentes carestías mostraban, no había sido aún alcanzado.

Rusia y China se han encontrado, en sustancia, en las mismas condiciones en que se encontraban las naciones europeas durante la segunda guerra mundial, cuando, para responder a las elevadas necesidades consiguientes al estado de guerra, recurrieron a la imposición del trabajo.

Es necesario reconocer, por otra parte, que, acabada la guerra y restablecidas ya las condiciones económicas, no inferiores a las anteriores, se ha formado en el seno de las naciones de Europa occidental, aunque no todavía en la

legislación sí al menos en la conciencia pública, un sentido del deber al trabajo mucho más fuerte que el del pasado.

A esto ha contribuído ciertamente, para la clase burguesa, el empeoramiento de sus condiciones económicas, consecuencia, de una parte, de la desvalorización de la moneda y de la consiguiente evaporación de los ahorros, y de otra, de la diversa distribución del rédito entre capital y trabajo. Se tiene un claro indicio en la prisa que, apenas licenciados, los jóvenes de la burguesía tienen hoy día de emplearse, aduciendo la necesidad de contribuir al presupuesto familiar.

En condiciones similares se han encontrado los miembros de muchas familias soberanas hoy destronadas, y así se ven a los descendientes de los Habsburgos, de los Hohenzollern y de los Karageorgevic ganarse, con su trabajo, la vida.

No son sólo los burgueses decaídos y los príncipes que han quedado sin recursos, sino también los herederos, al par que príncipes y altezas reales de dinastías acaudaladas, como Sylvia Casablancas, Alejandra Torlonia, Vittorio Emanuele y María Gabriela de Saboya, los que se ganan, o manifiestan el propósito de ganarse, la vida con el trabajo. Declaran con esto el querer permanecer independientes. Es curioso cómo el trabajo, que en un tiempo había sido considerado como el signo de la esclavitud, hoy ha llegado a ser, para las clases más elevadas en la pirámide social, el signo de la independencia.

Esta independencia, se entiende evidentemente, va referida a la familia. Es un subproducto de la ruptura entre las viejas y las nuevas generaciones, por la cual éstas, diversas por costumbres e ideales, no aceptan las directrices de aquéllas; sin embargo, es también, creo yo, el reconocimiento de que, por encima del trabajo, los componentes de las clases que en un tiempo tenían las riendas de la sociedad no tendrían otra función más adecuada que asumir.

Efectivamente, en un tiempo, las clases altas que no tenían ocupación retribuída no resultaban, sin embargo, socialmente inútiles; asumían, antes bien, una función altísima desarrollando en la administración pública, en la política, en el mundo de la cultura, una actividad generalmente no retribuída, o si retribuída, a veces sólo simbólicamente, pero siempre insuficientemente, con caballerosidad, y aunque no siempre con absoluta imparcialidad, sí al menos con equilibrio e inspirados en criterios de probidad y de justicia.

Hoy los diferentes puestos, desde lo más altos, no excluyendo a veces a aquel de Jefe del Estado, a los más modestos, como son aquellos de escritor de artículos para diarios o revistas, están ocupados por profesionales pagados y técnicamente especializados, pero sin el amparo de los insustituibles valores morales derivados de la educación familiar y de la tradición social; y herederos y príncipes se sienten socialmente inútiles y moralmente menoscabados si ellos, pues, no se dedican a una actividad profesional.

Es ésta una consecuencia del tecnicismo que ahora se exige para el desarrollo de todas las actividades productivas. Pero la preparación técnica es absorbente, fatigosa, a menudo enojosa; implica una actividad física, exige adaptación, a lo cual los descendientes de las clases dirigentes no están inclinados. Estos se habían especializado en una cierta dirección y han perdido la plasticidad de adaptación. El progreso —como otras veces he mostrado— significa especialización y por tanto es precursor de decadencia (2).

Cabe aquí, junto a esto, determinar que las clases dirigentes representan los descendientes de antepasados prestigiosos (fundadores de dinastías, conquistadores, pioneros, financieros...). Pero, ahora bien, «rara vez brota de las ramas la probidad humana», dice el poeta; los científicos modernos, con mayor precisión, hablan de regresión, considerando en este sentido el hecho de que los descendientes de hombres excepcionales muestran en sus dotes una tendencia hacia el nivel medio.

En todas las épocas las antiguas clases dirigentes están, pues, destinadas a perder, con el tiempo, su primacía. Pueden mantenerse tan sólo reclutando y asimilando los elementos seleccionados que brotan de las otras clases. Mas el progreso es rápido, y más esta renovación debe hacerse intensamente. Pero sucede entonces que ya los elementos asimilados difícilmente pueden poseer aquellas dotes de superioridad moral, que, como decíamos, sólo la educación familiar y la tradición social llegan a infundir, y las clases elevadas, si no decaen numéricamente, al menos degeneran en las costumbres.

Es necesario reconocer que en el campo del trabajo, si la tendencia igualitaria fué en un tiempo realizada prematuramente, en general, por causas externas, hoy encuentra eco en la conciencia de la nación y se verifica tanto por el estímulo de la clase baja como de la alta. Pero mientras antes ella, la tal tendencia, tendía a liberar a todos los hombres de la coacción al trabajo, que constituye la esencia de la esclavitud, hoy, por el contrario, tiende a coaccionar a todos al trabajo. La modificación ha sido posible y es aceptada gracias a la evolución que la psicología del trabajo, promovida por la esclavitud, ha presentado a través del tiempo.

1. c) Volvemos al problema de la colonización, pero no sin antes haber observado que la manía igualitaria ha tenido expresiones características también en campos diversos de aquéllos de los derechos del ciudadano, llevando a adoptar servilmente las providencias del Estado, que es, por encima de las naciones, el Estado-guía, como podremos llamarle sin que queramos con estas palabras atribuirle alguna primacía política.

(2) Véanse los artículos titulados «Progreso o decadencia?», en la *Rivista di Politica Economica*, mayo-sept. 1959.

Expresión característica se nos presenta por cuanto concierne al horario del trabajo, que viene fijado con la misma medida en países de diversa latitud y clima, donde el trabajo, forzosamente, asume diversa intensidad. La indolencia del hombre de los países cálidos representa, en verdad, una defensa del organismo contra la dificultad de emisión del calor durante el desarrollo de la actividad física. De aquí la necesidad, para obtener un mismo resultado, de desarrollar en los países cálidos un trabajo menos intenso, pero más largo. La fijación irracional de un horario de trabajo común a todos los países civilizados, independientemente de sus respectivos climas, mantiene en condiciones de inferioridad a los más meridionales.

A este resultado lleva también la adopción general —siguiendo los países más ricos— del sistema de Seguridad Social.

Se observa hoy, en muchos países de Europa, la disminución del ahorro y especialmente la costumbre de las clases bajas y medias de gastar toda la ganancia. La explicación, según mi manera de ver, es muy sencilla. El hombre ahorra para poder enfrentarse con las incertidumbres del porvenir. Si se da al pueblo la seguridad del porvenir él no tendrá ya necesidad de ahorrar.

Pero ¿el sistema de Seguridad Social —se puede observar— no se ha adoptado en los países más adelantados? ¿Cómo negar a todos los países el derecho de adoptarlo?

Dicho sistema se ha adoptado, y oportunamente adoptado —se puede constatar—, por países que no son sólo los más adelantados, sino los más ricos; en estos países, las clases trabajadoras han alcanzado condiciones económicas en las cuales ellas pueden descansar satisfechas.

Mas en los países donde, por razones históricas o psicológicas o físicas, las condiciones económicas generales no han alcanzado dicho nivel, es prematura la aplicación del sistema de Seguridad Social. Resultará provechosa la aplicación del sistema cuando ellos habrán alcanzado el nivel de vida presente de los países más adelantados, en los cuales se aplica hoy el sistema oportunamente.

La aplicación prematura, en un país, del sistema de Seguridad Social significa quitar el empuje al ahorro y, por lo tanto, suprimir uno de los coeficientes, quizá el mayor coeficiente, del progreso económico del país, estabilizando su condición de inferioridad.

No es menos singular el servilismo con que fue aceptado en todos los países del mundo el sistema parlamentario que respondía a las exigencias típicas de Inglaterra (donde, de otra parte, había sido, y todavía es, atemperado por la autoridad de la monarquía y por la fuerza de la aristocracia) y que, efectivamente, en ningún otro país funcionó sin graves y notorios inconvenientes. Es ciertamente singular —y constituye una prueba de escasa inteligencia política— que dictadores revolucionarios como Mussolini y Hitler no hayan instituido un

sistema más adaptado y que sólo con De Gaulle, después que el sistema parlamentario había llevado a Francia sobre el borde del abismo, se haya intentado, lo que me parece que ha correspondido sustancialmente a las necesidades, una más racional división de los poderes legislativo y ejecutivo.

Otro campo en el cual se hace valer el servilismo del Estado-Guía fué el de los sistemas de comercio internacional, donde a raíz de que la nación económicamente considerada más adelantada adoptó el libre cambio o el proteccionismo, las otras modificaron en conformidad —acaso en contraste con sus propios intereses— sus sistemas propios.

Aunque si el Estado-Guía no tiene alguna supremacía política, la tendencia a tal imitación le confiere una superioridad económica y moral que acentúa su condición privilegiada.

1. d) En cuanto a la colonización, ella, como la esclavitud, ha representado un pasaje obligado en la evolución de la civilización. Como la esclavitud, también ella ha cumplido con una gran función histórica: la transfusión, en las poblaciones atrasadas de todo el mundo, de los gérmenes y del fermento de la civilización europea. También ella ha tenido indudablemente excesos e inconvenientes; pero ¿quién puede seriamente pensar en condenar una institución social sólo porque presenta inconvenientes y excesos, ¿cómo salvar en tal caso la familia y el Estado?

La colonización tendía, naturalmente, hacia su maduración. En muchos países la había conseguido dejando lugar —como fin de su propia esencia— a la descolonización (3). Primero los Estados Unidos de América, después los dominios ingleses, por último, Palestina y, quizá, antes de que estuviese completamente madura, la India, se habían constituido en Estados independientes, como consecuencia del proceso natural de descolonización, cuando la manía igualitaria, estimulada por la impaciencia, se apoderó, una vez más, de los Estados Unidos de América, anticipando, pues, los tiempos para la descolonización de países, como son la gran parte de los africanos, que, para un régimen de independencia, no estaban aún preparados, como se viene dolorosamente constatando. Y esto sucedía mientras aún en sus Estados del Sur, América no ha conseguido todavía, porque no ha podido o quizá porque no ha sabido, resolver la cuestión de color.

La inmadurez de muchos países coloniales para llegar a ser Entes políticos

(3) V. el artículo «Decolonizzazione» en *Stato Sociale*, núm. 8, 1959, y en *Estudios Sociológicos Internacionales*, Instituto Balmes de Sociología, Madrid, 1961. Traducciones francesa y española, con algunas ampliaciones, en *Memoire du XIX Congrès International de Sociologie* (Ville de México, 31 août-6 sept. 1960), vol. III, págs. 163-179 y 180-196. Otra edición francesa en *Mélanges dédiées a M. le prof. Kelitoumahis*. Atenas, 1961.

independientes es una inmadurez, no sólo política, sino también psicológica. Deriva, por una parte, de la falta de una organización capaz de ocupar el puesto de la organización realizada por la metrópoli; de otra, de la inmadurez psicológica para asimilar la organización política occidental que las potencias que se consideran como liberadoras querrían que los países en cuestión adaptasen.

Países como India y los Estados del Norte de Africa, desde Egipto a Marruecos, que tenían consigo una gran tradición de civilización, aunque bien fuera ella de nivel inferior a aquélla propia de los europeos, podían aparecer como capaces de alinearse como Estados independientes entre los países de civilización occidental; pero poblaciones primitivas, como aquéllas del Congo, no sólo no tenían tradiciones de civilización, sino que no estaban ni tan siquiera dispuestas aceptar el régimen social que nosotros llamamos de libertad y que ellos lo estiman, sin embargo, de coacción intolerable (4).

Ha sido notado en el pasado, no sin sorpresa, cómo indígenas que por mucho tiempo habían vivido en los países civilizados de Occidente y habían, aparentemente al menos, asimilado muy voluntariamente la lengua, la costumbre, los modos de hacer, la vestimenta, apenas vueltos a sus patrias dejaban en la propia selva los hábitos europeos para volver a tomar los suyos propios y reempezar la vida que habían dejado.

Si hoy los políticos indígenas occidentalizados no hacen lo mismo es porque sienten la necesidad de mantenerse también exteriormente sobre la misma línea de los blancos, pero, de otra parte, cuidan muy bien de no imponer a sus súbditos el modo de vida europeo.

Efectivamente, si nosotros entendemos que vivimos en un régimen de libertad es porque nos hemos acostumbrado a tal régimen y poco o nada advertimos las coacciones que él implica. No es sólo por la voluntad de trabajar más allá de lo estrictamente necesario, que la costumbre y la selección han transformado en una natural predisposición aquello que antes constituía un sacrificio intolerable. La castidad, la monogamia, el abandono del canibalismo, el pago de los impuestos, la reglamentación del trabajo, del tráfico, de la caza, de la pesca, que nosotros aceptamos de buen grado, son, por el contrario, considerados por muchas tribus primitivas como graves sacrificios, y viceversa, ellas consideran como natural y casi inalienable prerrogativa del hombre libre comportamientos que nosotros estimamos como incompatibles y, a veces, contrarios a todas las leyes divinas y humanas. Nosotros nos horrorizamos al leer en los diarios que los Balubas —nuestros queridos hermanos Balubas, como les califican las autoridades gubernativas de Leopoldville— han devorado medio

(4) Sobre la diversa concepción de la vida entre los indígenas y los civilizados se lee con vivo interés el volumen de ANTONIO MARAZZI: *Fra i selvaggi e fra i civilizzati*, Istituto Edit. Scientifico, Milán, 1937.

centenar de enemigos o de amigos (porque, entre los devorados, se habían encontrado también oficiales de las tropas de la O. N. U., enviados, por cuanto se dice, para protegerlos). Pero muchas otras tribus primitivas consideran natural el comerse a los enemigos que matan y también a los amigos cuando han sido matados por otros o mueren por otras causas. Es obvio, para ellos, que matar por matar es mucho menos racional que matar para comer, tanto más cuanto que, absorbidos por la actividad bélica, ellos no pueden dedicarse a actividades productivas. Y es natural que, cuando en tales condiciones, un extranjero muere no les llegue a parecer a ellos nada más razonable que comérselo antes que correr el riesgo de morir de hambre, dejando que se lo coman las hienas y los gusanos.

Centenares de miles de años les han sido necesarios a nuestros antepasados para alcanzar el punto desde el cual se llega a considerar como un deber natural la abstención de comerse a un colega muerto, aunque ello implique la propia muerte, como ha sucedido con Scott y sus compañeros a la vuelta de la expedición al Polo Sur, y como la opinión pública ha manifestado como exigencia cuando Zappi y Mariano (que, por otra parte, han desmentido siempre la acusación) fueron acusados de haberse alimentado de la carne de Malgrem, muerto sobre el *pach*.

Pretender que los Balubas o congéneres primitivos estén en grado para entrar en el consorcio de las poblaciones civilizadas junto a los italianos, franceses e ingleses, y que para obtenerlo baste una proclamación de independencia, es una ingenuidad que no tiene dimensiones. En este caso, no se trata de esperar algún decenio, como quizá hubiera bastado para Lincoln, sino quién sabe cuanto tiempo más. Con las penas y las amenazas se podrá, quizá, impedir el canibalismo, pero con ello no se transforma la psicología de la población y se la hace digna del consorcio civilizado.

2. La impaciencia, a la cual ya varias veces nos hemos referido, es consecuencia de una de las otras manías que imperan en la era contemporánea: la manía de la prisa, a la que conviene, pues, dedicar alguna observación.

Cuando el hombre, como los otros animales, se preocupaba sólo de procurarse la subsistencia, enfocaba estrictamente su actividad a las necesidades de la vida, más allá de las cuales, más que lento, era pasivo por completo. Pero, cuando fue obligado a trabajar por encima de los límites de su propia subsistencia, bajo la coacción de un explotador, él fue por éste más valorado, en tanto en cuanto, producía más y, así, pues, en cuanto trabajaba más deprisa. A ello siguió, por lo tanto, una selección de los individuos y de los grupos que tramitaban con presteza su actividad. Es muy dudoso si esto trajo alguna utilidad individual, pero sí es cierto que tuvo una utilidad social que determinó

la selección. Esta costumbre de la prisa, a través de la educación y la selección, vino radicándose en el alma humana y tanto más se adentró en ella cuanto la sociedad había más progresado, ya que cuanto más se radicaba más producía la sociedad y más avanzaba.

La manía de la prisa constituye una característica de la sociedad civilizada, que es, a menudo, objeto de burlas por parte de las poblaciones atrasadas. Se cuenta una anécdota, que si no es cierta está, de todos modos, bien inventada, porque es significativa, de un camellero del desierto y de un aviador. —Mira, le decía el aviador al camellero, lo atrasado que tú eres, que empleas quince días para ir de aquí allá, mientras yo voy en dos horas. —Y después, le preguntó el camellero, ¿qué haces tú el resto de los quince días? —¡Oh!, le respondió el aviador, hago otras muchas cosas, voy a otros países. —¿Y después?, le preguntó otra vez el camellero. —Así por toda mi vida hago cientos de veces aquello que tú haces, contestó el aviador. —¿Pero acaso no llegas tú, al fin de todas las cuentas, a la misma meta que yo?, dijo el camellero; agregando: ¿Y estás seguro de alcanzar esa meta más feliz o más infeliz que yo?

Ciertamente que la prisa y la impaciencia que de ella deriva no contribuyen a la felicidad individual ni a la estabilidad social. No sólo la rapidez de las modificaciones impide el adaptarse, gracias a la costumbre, a las nuevas situaciones, creando, aun en el más intenso progreso y más todavía cuanto mayor sea él, un sentido de insatisfacción y de descontento; pero anticipar los tiempos de la evolución puede provocar reacciones que, a veces, desbordan la tendencia innovadora y antes de favorecer obstaculizan y a veces por largo tiempo, detienen, la evolución que por naturaleza se habría producido. Alemania, antes de la primera guerra mundial, había conseguido una posición que, por cultura, riqueza, organización civil y militar, hacía que se considerara a la cabeza de la civilización, y todo ello dejaba prever que en el futuro ella habría acentuado su posición de vanguardia en la evolución social, llevando con ello a un tiempo su interés propio y el interés común. Desgraciadamente, la impaciencia de personas ambiciosas e impulsivas que disponían de sus destinos la empujaron a querer acentuar e imponer con la fuerza su supremacía, suscitando así una reacción que ha destruido, al menos temporalmente, su supremacía y también, ciertamente, ha detenido la evolución de las civilizaciones. Reorganizada la economía en las duras pruebas de la postguerra y reconquistada la potencia militar con el régimen hitleriano. Alemania se había encontrado en condición de reasumir la dirección, al menos en unos de sus aspectos, en la evolución de la civilización europea; pero, una vez más, la impaciencia le ha llevado a una nueva acción de fuerza y la reacción que ha promovido le impide, también al menos temporalmente, a pesar del milagro de la reconstrucción económica, que certifi-

ca sobre cuál sea el potencial de que la nación disponga, de reasumir en la comunidad internacional una función directiva.

Ahora el peligro se repite con la Rusia soviética. No hablo del peligro de una guerra, que puede existir o no existir, y de todos modos que yo no sé hasta qué punto puede existir y hablo de peligro, que ciertamente existe, de la expansión prematura del socialismo. La progresiva intensificación de las interrelaciones entre los componentes de la sociedad, entre los grupos sociales, entre los Estados y la creciente facilidad de las comunicaciones y de los contactos a distancia, tiende a hacer que, en la organización de la humanidad, el punto de vista individual ceda el paso al punto de vista social. Tal circunstancia favorece el afirmarse y el extenderse del socialismo. Es cierto que, dejando que las cosas vayan por su cauce, el socialismo gradualmente se extendería y se afirmaría en el mundo entero, ciertamente en formas diversas y con diversas gradaciones, de lugar en lugar, adaptándose a las exigencias del país y a la psicología de las diferentes poblaciones. Pero Rusia, donde por razones históricas y por la psicología de la población la organización socialista ha adquirido mayor desarrollo, se impacienta y se desvive por imponerlo prematura y uniformemente a poblaciones que para ello no están aún en grado de madurez, desprendiéndose de ello una posible resistencia que está a punto de aniquilar sus esfuerzos y aun de hacerlos contraproducentes.

3. A la locura de adelantar los tiempos, que caracteriza la psicología de los dirigentes de la política de los países tras el telón de acero, se contraponen la locura de la imparcialidad difundida entre los politicastros de los países occidentales. Esto sucede particularmente en Italia. Pero si no me equivoco no solamente en Italia. En aquel país es probable que haya contribuido el hecho de que el partido Popular, primero, y el partido Democrático Cristiano, que fué su heredero, después, llamados a cubrir de prisa el vacío dejado en la vida política por la disgregación de los partidos burgueses, se vió obligado a reclutar a sus adeptos entre bajos empleados y profesionales de poca garantía, de ideales mezquinos, de escasa cultura y carentes de combatividad política.

Aceptada la participación en el partido dominante, más por oportunidad que por una clara convicción, éstos se vieron inclinados a sustituir a una directiva propia la consideración ecléctica de la resultante de los intereses y de los puntos de vista de todos los partidos y de todas las clases sociales. Por los mismos dirigentes del partido se ha venido a lamentar un «mestizaje político» en el sentido de que se inclina a combinar el programa del propio partido con los puntos de vista de los otros partidos. De esta manera no se consigue sino que el propio partido pierda la influencia sobre la vida política que le habría de llegar por su importancia numérica, dejando que prevalezcan los partidos extremos. Sobre

el fulcro de una balanza se pueden aplicar toneladas de peso, pero por mucho que pesen quedan sin prestar influencia alguna a la dirección de los platillos, pero bastará que a uno u otro de los platillos se apliquen pesos mínimos para que ellos hagan que la balanza se desnivele. Es por esto por lo que en la vida política de Italia, y, si no me equivoco, de otros países occidentales, los partidos extremos asumen una importancia desproporcionada a su fuerza numérica y que no tiene correspondencia en la conciencia de la nación. Con esta actitud, los imparciales, en verdad, llegan a abjurar de su misión de ciudadanos, renunciando a aportar a las decisiones colectivas el tributo de sus propios intereses y de sus ideales.

4. Otra característica de la vida política contemporánea es aquélla que puede llamarse *la partidomanía*. Los partidos han existido siempre, pero eran agrupaciones de personas poseedoras de intereses comunes, ideales y programas, así que sus componentes podían estar reunidos por una línea común de conducta sin renunciar a su propia personalidad. Hoy, sin embargo, la personalidad queda anulada por la disciplina del partido, la cual, de otra parte, en virtud del complicado mecanismo por el cual funciona, a menudo no representa los intereses y los ideales de los electores que a él se confiaron.

Junto a las tres formas clásicas de Gobierno: democracia, aristocracia y monarquía, tenemos que reconocer que una cuarta, bien distinta de las otras, se ha generalizado en nuestros tiempos: la partidocracia. Muchos están de acuerdo en reconocer que de todas ellas es la peor, porque al despotismo de la monarquía acopla la falta de responsabilidad de los dirigentes de la democracia.

Si, no obstante esto, ella se ha extendido y ha llegado a ser, puede decirse, prevalente en la vida política contemporánea, se debe a una causa de carácter general. Para naciones particularmente grandes como son los Estados Unidos y Rusia, en las cuales, por primera vez, los partidos asumieron una naturaleza más o menos despótica, se puede pensar que este resultado ha sido favorecido por la dificultad de funcionamiento de las otras formas, en relación a la gran extensión del territorio y a la gran masa de población gobernada; pero esta explicación no es evidentemente válida para otros países.

Pero, como fundamento del fenómeno, debe, a mi modo de ver, ponerse el hecho de que la sociedad humana ha llegado a ser tan grande y compleja que sus desarrollos se hacen imprevisibles a la mente humana. En la imposibilidad de constituir un programa basado sobre las tradiciones y las experiencias, se busca la justificación de la propia conducta en la solidaridad del grupo.

No es esto un proceso que se verifica sólo en la vida pública, sino también en el ámbito privado.

A las directrices de las tradiciones familiares y de la educación escolar, los

jóvenes de hoy tienden a reemplazar la solidaridad de la banda. Y esto acontece en la mayoría de los países, pero, principalmente, en aquéllos como Inglaterra, que, más tradicionalistas en el pasado, sufren más porque viene a menos la tradición. Reconociendo que en el desorden de la postguerra había perdido su fuerza la tradición y era difícil para el hombre medio político formular un programa, se ha echado mano de la experiencia de las personalidades del antiguo régimen. La última postguerra ha estado caracterizada por la tendencia a confiar la suerte de los Estados a viejos hombres políticos: desde Churchill a Inonu, desde Adenauer a Chang-Kai-Shek, desde Einaudi a Sygman Rhee, desde Eisenhower a Ben Gurion. Pero tampoco esto bastó, y se advierte cada vez más que no basta. De la época que podremos llamar de los viejos estadistas, se ha pasado, en muchos países, a la época de los generales, esperando que más importante que la experiencia debida a la edad, fuera su costumbre al mando, con resultados a veces buenos y a veces no tan buenos. Reconocido, en fin, el peligro del culto a la personalidad, se quiso sustituir a las determinaciones autoritarias de un individuo singularmente considerado, las decisiones de un pequeño grupo de expertos, pero donde se intentó la sustitución resultó más nominal que real. A tal consideración se hace llamamiento todavía en el campo internacional con recurso a las Naciones Unidas y con la propuesta de triunviratos, de los cuales la historia ha demostrado su ineficacia, mientras en el campo nacional resulta favorecida la partidocracia.

En verdad, esta imprevisibilidad de los desarrollos de la vida social constituye un fenómeno impresionante. Pero más se profundiza en el estudio de sus causas y menos se ve cómo a ella se puede ponerle el remedio.

La imprevisibilidad depende del contraste entre los progresos arrolladores de la técnica y, bajo su impulso, la extensión y complicación de las relaciones internacionales, de un lado, y, de otro, la lenta evolución de las facultades de la mente humana.

Existen, en el reino animal, otras sociedades, desde algunos puntos de vista aún más avanzadas que la humana, como aquéllas de las termitas, de las abejas, de las hormigas, cuya organización hállase fundamentada sobre las modificaciones de la estructura orgánica obtenidas mediante un conveniente tratamiento durante el desarrollo. El hombre, sin embargo, mantiene invariable su estructura orgánica y ha dirigido su capacidad inventiva a la construcción de instrumentos que aumentan la sensibilidad, la potencia, el alcance de sus órganos.

La diferencia esencial entre las dos formas de progreso estriba en que, la primera, es limitada, y la segunda, ilimitada. Maravillosa es, ciertamente, la diferenciación orgánica de las termitas, en las cuales las dimensiones de la reina sobrepasan millares de veces a aquéllas de los pequeños soldados; pero, ¿qué representa ella en comparación a la diferencia entre la energía desplegada por

el organismo humano y aquélla de una bomba atómica? Todavía más importante es el hecho de que la diferenciación orgánica permanece estable a través de las generaciones, mientras que las realizaciones de la técnica tienen carácter acumulativo y tienden a crecer en razón geométrica, resultando las de hoy ser el trampolín de aquéllas del mañana. De aquí la aplastante superioridad conseguida por la especie humana sobre todas las otras especies; pero también de aquí la creciente dificultad y también la manifiesta imposibilidad de dominar adecuadamente con un intelecto prácticamente sin evolución las realizaciones de la técnica indefinidamente crecientes. ¿Quién soñaría hoy en confiar la suerte de una guerra, de la cual depende la vida o la muerte de la nación, en las manos de un joven de unos veinte años, como hizo Roma con Escipión el Africano, que, por más méritos preferentes, no tenía sino aquellos de haber participado, algunos años antes, en las desafortunadas batallas de Ticino y Canne? Si se suma a esto que la rapidez de las comunicaciones hace que cada acontecimiento tenga repercusiones sobre todos los pueblos de la tierra, en su gran parte mal conocidos desde el punto de vista psicológico, y mal controlados, desde el político, se entiende cómo a menudo sus reacciones resultan inesperadas.

Así, en el campo de las previsiones sobre el aumento de la población, durante todo el ochocientos la pesadilla de la teoría de Maltus se hizo sentir sobre la temblorosa Europa, hasta que en el 1885 un artículo de Cannan vino a mostrarnos, con cifras inconfundibles a la mano, que «rebus sic stantibus», ella no estaba lejos de una condición demográfica estacionaria, en seguida de la cual se alcanzaría una disminución de la población. A la pesadilla de la superpoblación le reemplazaba así, para toda una generación, la de la natalidad demasiado baja. Pero he aquí que, sin embargo, en el 1935, improvisadamente se da una reanudación de la natalidad y continúa la misma en los países que más sufrieron de la guerra y aun en aquéllos sometidos a pruebas no menos duras durante la crisis de la postguerra.

En el campo económico, muchas organizaciones, científicas y paracientíficas, se habían propuesto, después de la primera guerra mundial, construir los así llamados «barómetros económicos», con el fin de preveer el buen o mal tiempo de la coyuntura, y dos, principalmente, habían conseguido en América, que era donde más auge tenían las fábricas de barómetros, fama y consideración. Aquélla, que tomaba el nombre de la Universidad de Harvard, la más prestigiosa institución científica de la nación americana, dirigida por W. M. Persons, y aquélla otra, que tenía como director a Irving Fisher, uno de los principales representantes y maestros de las ciencias económicas. Cuando, hacia el 1929, se delineó la crisis económica, el uno y el otro fallaron en sus previsiones hasta tal punto de salir arruinados.

¿En el campo político cómo no quedar impresionados por las consecuen-

cias, desastrosas cuanto inesperadas, primero de la independencia de la India británica y ahora del Congo belga, que habrían debido, según los pronósticos de los bien informados, inaugurar una era de bienestar y de paz para las poblaciones abiertas al progreso civil y que las llevaron, por el contrario, al baño de sangre de una guerra civil?

No sólo el desarrollo arrollador de la técnica, por sus efectos directos e indirectos, impide prácticamente cada posible previsión del futuro, sino que la misma conducta humana queda refrenada y encauzada por ella. He leído que un popular escritor italiano publicó, no sé si una novela o un romance, en el cual el protagonista era el automóvil, mientras que los hombres eran configurados como sus «siervos portátiles». Naturalmente, se trataba de una concepción fantástica, pero que la técnica, en sus constantes desarrollos, domina la naturaleza, y en un cierto sentido también el comportamiento humano es una realidad.

Veamos en qué sentido esto puede llegar a afirmarse. Ciertamente la técnica es creada y desarrollada por el hombre mismo, pero, a menudo, más por instinto de triunfar en la competencia entre especialistas que con la clara visión de sus consecuencias. Yo creo que no es exagerado hablar de una *tecnicomanía*. Aunque cuando las consecuencias directas o inmediatas son previstas, surgen consecuencias indirectas o lejanas que no fueron previstas, o dejaron de ser valoradas en su justa medida, y que pueden asumir decisiva importancia en la determinación de la dirección de la conducta humana. Véanse, por ejemplo, las consecuencias de las recientes reducciones del horario de trabajo. Consecuencia prevista y realizada era el aumento del tiempo libre, del cual ya antes gozaban las categorías más elevadas de los trabajadores, y la introducción de dicho tiempo libre, del cual todavía no habían podido gozar, en la vida de las categorías más bajas. Con ello se esperaba conseguir una mayor difusión del deporte, el cual ya había arrancado a los jóvenes de las tabernas y los había distraído de su obsesión hacia los amoríos, y, principalmente, una difusión de la cultura destinada a refinar el sentido estético y moral. Pero poco se enriqueció el deporte, del cual las masas estaban casi saturadas, y el tiempo y el dinero disponibles, principalmente aquél de las categorías más bajas se invirtieron en el cine y en la televisión, mostrando una especial predilección por las escenas de violencia y de depravación, que no tardó en ser satisfecha, haciendo de tales espectáculos un instrumento de corrupción aun también para la juventud de las clases intelectuales (5).

(5) V. el artículo «Le funzioni dello Sport e l'impiego del tempo libero en *I Problemi della Sicurezza Sociale*, marzo-aprile 1961, Roma. Edición francesa titulada *La fonction du Sport dans la Société Moderne*, a cargo de la Société Médicale Belge d'Éducation Physique et de Sports, Bruselas.

La instrucción y la educación organizadas a cuenta del Estado tenían como fines elevar el nivel cultural y moral de la población en el cuadro de la solidaridad nacional. ¿Quién habría jamás imaginado que, en un período de evolución rápida de los ideales, pudieran ellos haber provocado una ruptura entre las nuevas generaciones sustraídas a la influencia de la familia y arrastradas por las antitradicionales corrientes modernas del pensamiento y de las costumbres, y las viejas ligadas a la severa tradición heredada, ruptura que constituye una de las más peligrosas características de este período último de la postguerra? (6).

Y, ¿cómo no reconocer que los progresos técnicos en el arte de la cocina, las máquinas para lavar los platos y la ropa, para limpiar muebles y alfombras, unidos a la organización de los mercados y de la entrega de la mercancía a domicilio, aligerando el trabajo doméstico de la mujer y limitando la necesidad de su presencia en la casa han contribuido fuertemente a relajar los vínculos familiares y a facilitar la asunción, por parte del Estado, de las funciones que antes les eran confiadas a los progenitores?

A las consecuencias sociales de la técnica es difícil que se sustraigan aun las autoridades más devotas de la tradición, principalmente cuando sus aplicaciones se practican por las masas. La Iglesia Católica había luchado largamente, y no sin algún resultado, contra la limitación artificial de la natalidad, pero tuvo que adaptarse a las nuevas exigencias cuando la técnica de Knaus y Ojino puso a cada pareja en condiciones de actuarla.

Hoy la Iglesia, por razones comprensibles, combate la fecundación artificial. Pero, ¿cómo prever que persistiría obstaculizándola el día en el que una nación osara recurrir, sistemáticamente, a ella, para multiplicar en su seno los patrimonios hereditarios privilegiados, desde el punto de vista de la honestidad, de la inteligencia, de la audacia, del espíritu de sacrificio, con decisivas ventajas sobre las otras naciones que hubiesen quedado ligadas a las tradicionales conductas matrimoniales? ¿No sería aventurado formular, bien que sea para un futuro lejano, una idéntica previsión para el desarrollo *in vitro* del feto (en la actualidad, realizado en los laboratorios sólo en sus primeros estadios), conforme a las fantasías de cualquier novelista? No olvidamos, por otra parte, que en tal sentido la especie humana no haría nada más que imitar lo que desde hace miles de siglos es practicado por algunos insectos sociales.

5. ¿Cuáles son los remedios? Aquí encontramos, a mi modo de ver, otra manía. Habitado en las primeras fases de su evolución a superar los obstáculos que el ambiente le ofrecía, el hombre se ha hecho la ilusión de que cada dificultad que encuentra, aunque sea de carácter muy general, puede hallarle

(6) Véase el artículo «Delle relazioni umane e dell'odierna crisi del costume», en *Bancaria*, marzo 1955, reproducido en el citado volumen *Economía laborista. Problemi del lavoro*.

remedio. Y a menudo el remedio es buscado en una dirección errónea, mirando al pasado que se pretende restablecer antes que al futuro que se debería intentar prever. Es necesario darse cuenta que, los grandes acontecimientos de la historia y de la vida social son determinados por una gama compleja de fuerzas, que por lo general no es posible eliminar ni contrastar y de las cuales todo lo más que se puede conseguir, y ello muy levemente, es desviar sus efectos. Son en general las mismas fuerzas que determinan la evolución, las que llegan a proporcionar los elementos aptos para remediar los inconvenientes que las innovaciones traen consigo (7). La evolución social, como la evolución biológica, tiende a tomar carácter de adaptación (8). Así se ha visto en el caso presentado por los inconvenientes surgidos de la creación de las sociedades por acciones; también en aquellos derivados de la mecanización del trabajo. En la imposibilidad de obtener fruto de la experiencia pasada se debería intentar adivinar las direcciones de los desarrollos de la técnica, atenuando todo lo que de ella se hallase en contraste y acentuando cuanto, por el contrario, en ella se determine concorde con los gustos y con los ideales de la humanidad. Si es cierto cuanto se ha dicho sobre los platillos volantes, y se repite cada vez más por múltiples fuentes y con más específicos datos, quizá podamos obtener de la técnica en los planetas que se encuentran más avanzados que el nuestro en el curso de la evolución cósmica, algún consejo útil para el desarrollo de la técnica humana y para la futura organización de nuestra sociedad.

CORRADO GINI

Traducción de M. CAMPOS ALMENDROS.

RÉSUMÉ

Le concept d'égalité a changé à travers les temps. Autrefois on considérait égaux seulement les hommes appartenant au même groupe ethnique. Actuellement dans les pays où le concept d'égalité est plus ample, les hommes ne sont pas tous égaux devant la loi.

Partout on réclame l'égalité absolue entre les hommes. Mais la dépendance de certains peuples a été précisément nécessaire pour que les peuples en retard

(7) Véase el párrafo 4 del citado artículo «Delle relazioni umane e dell'odierna crisi del costume».

(8) Véase, a este propósito, el artículo «Cause e carattere adattativo dell'evoluzione delle forme viventi, bajo imprenta en la revista *Genus*.

puissent atteindre leur maturité. Lincoln provoqua un désastre à l'échelle nationale pour avoir anticipé à la force l'époque de la libération des esclaves. Aujourd'hui ce désastre se répète à l'échelle mondiale pour avoir anticipé la libération des colonies. Dans le domaine du travail, même si la tendance égalitaire fut réalisée prématurément à son époque, en général elle trouve aujourd'hui écho dans la conscience de la nation et elle a lieu aussi bien grâce à la stimulation des classes pauvres qu'à celle des classes riches. Actuellement tous les descendants des classes privilégiées européennes travaillent et si auparavant la tendance égalitaire avait pour but de libérer les hommes de la coaction du travail, aujourd'hui au contraire elle pousse tout le monde au travail.

La civilisation, l'augmentation des nécessités superflues, le progrès, la tendance à atteindre un niveau de vie plus haut ont créé dans la société civilisée actuelle l'impatience et la hâte. Les hommes sont valorisés selon leur production et même s'ils arrivent à une nouvelle situation ils sont insatisfaits et impatientes d'atteindre une autre plus importante. Le fait d'anticiper l'époque de l'évolution peut provoquer des réactions qui quelquefois dépassent la tendance innovatrice et au lieu de la favoriser, empêchent et retardent pendant longtemps l'évolution que l'on prétend atteindre, évolution qui se serait produite naturellement.

Une autre caractéristique de la vie politique contemporaine est ce que nous pourrions appeler la manie des partis. C'est peut-être à cause des grandes extensions de terrains et de la grande masse de la population qui doit être gouvernée. La société humaine est devenue tellement étendue et complexe que ses développements sont imprévisibles et on cherche la justification de la propre conduite dans la solidarité du groupe... Et ceci n'arrive pas seulement dans la vie publique mais aussi dans la vie privée.

Dans la recherche de solutions pour tous ces problèmes l'homme est tombé dans une autre manie: être sûr de trouver le remède. Etant habitué dans les premières phases de son évolution à surmonter les obstacles que le milieu lui présentait, l'homme est arrivé à croire qu'il peut trouver un remède pour tout. Et souvent le remède se cherche dans une mauvaise direction, en regardant le passé que l'on prétend rétablir au lieu d'un futur que l'on devrait rechercher.

S U M M A R Y

The idea of equality has changed over the years. Before only men belonging to the same ethnical group were considered equal. Nowadays in countries where the concept of equality is much wider not all individuals are equal before the law.

Everywhere voices can be heard demanding absolute equality among men. But the dependence of some people on others has been necessary so that the more backward nations might attain maturity. Lincoln brought a disaster on a national scale by forcibly anticipating the moment of freeing the slaves. Today this disaster is repeated on a world-wide scale, by anticipating the liberation of the colonies. In the field of work, if at one time, the equalizing tendency was fulfilled prematurely, it generally finds today an echo in the nation's conscience and is justified by the stimulus of both the low and high classes. All descendents of European high classes work today and if the equalizing tendency tended before to free men from the compulsion to work, it now, on the contrary, tends to oblige them to work.

Civilization, increase of non vital necessities, progress, tendency to reach a higher standard of living have all created impatience and speed in civilized society of today. The more men produce the higher they are valued. And when they reach a new position they are insatisfied and impatient to reach a higher one. By anticipating the time for evolution one can provoke reactions which sometimes overtake the innovating tendency and instead of favouring, they obstruct and delay for a long time the evolution that should have taken place naturally.

Another feature of contemporary political life is what we might call party-mania. It is perhaps the result of the large extensions of land and the great population mass that must be governed. Human society has become so large and complicated that developments of same are unforeseeable and justification of behaviour is sought in the solidarity of the group. This does not only occur in public life, but also in the private sphere.

In the search for remedies for all these problems, man has fallen into another mania: that of being sure of finding the remedy. Accustomed in the first phases of his evolution to overcoming the obstacles that arise from his surroundings, man thinks he can find the solution to everything. Frequently this solution is sought in the wrong direction, looking back into the past instead of towards the future.

